



Crónica Literaria

Por ALONE

Allende, el Fin de una Aventura, por Lautaro Silva (Patria Nueva, 1974).

Me sorprende de pronto leyendo esta obra con el mismo interés que despertan las historias de pueblos antiguos, de tierras lejanas. La memoria es así.

Se la cree casi imposible de lo que ha sucedido, sea mecánico y simple espejo de un pasado inmóvil. En realidad, es lo contrario: palpita. Llena de vida, desempeña un papel de primera importancia en nuestro organismo psicológico; está sobre todo, aunque parecen paradójico, cargada de olvidar, de elegir, de apartar lo dañino y conservar lo útil. Hasta ver con qué distinto acento cuenta una persona los episodios penales para su amor propio y los que la gratifican y enorgullecen. Con la mayor sinceridad se llega por ahí hasta la deformación de los hechos reales, a la aparición de otros ya no tan verdaderos y aún francamente inventados.

Es el instinto de conservación que se defiende.

Porque, en verdad, sería terrible que todo lo ocurrido nos presentara a la vista un relieve invariable.

Por ejemplo y para venir a este libro recuerdo alguien exacta y constantemente cómo era: las miradas de Santiago antes del 11 de septiembre, las figuras atroces que desplegaban como fríos los leones de la Ramona Parra, los instintos groseros y las obscenidades pintadas a todo color en las fachadas de las casas, cuyos propietarios daban sapotazos para evitar males mayores?

De un día a otro, la sensación de asco, de náusea, la asfixia moral que sufrían los transeúntes atacados por ese vacío del submundo salido a luz, como por arte de magia, desaparición: fue posible respirar y salir a la calle sin tener que avergonzarse y padecer humillaciones por aquel súbito descenso de la cultura pública, que había a las personas decentes sentirse deserradas en un país extraño, semi salvaje.

Se trata de un detalle entre los mil que

componen ese cuadro de catástrofe que día a día iba agravándose y nos tenía ya en la boca del caos. El mundo se había vuelto una pesadilla. Los adrosos tenían de su parte a la policía y los hombres honrados, al defender sus bienes, corrían peligro de ir a la cárcel.

Todo eso, que surge día a día, hasta menos de un año. Lautaro Silva lo cuenta y sus lecturas lo llenan un poco insuperable: la inocencia de Fito, Castro que vino a inspeccionar sus domicilios y se permitía darle lecciones públicas a su alumno Allende; la dignidad del Presidente de la República humillada en aquel inverosímil episodio de la Hermita, cuando el Primer Mandatario replicaba a la plebe que lo dejaran hablar y después salían voces para obligarlo a "cortar la lata"; los desprecios y las injurias del Poder Ejecutivo al Legislativo y al Judicial, que le atrejeran a éste una réplica de gran estilo que el Presidente no halló como a no sólo contestar, ¡Cuántas afrentas a la escudandía que parecían grabadas con vitriolo que llamamos olvidando, ya caídas sobre su superficie esa ligera capa de la distancia que refuerza los acontecimientos.

Gran ventaja para el enemigo público exacerbado por la derrota, unido contra los otros alrededor del piano, esta capacidad de olvidar lo que nos parecía intolerable y desagradable del peligro: en Argentina, dicen, junto al partido peronista, asoma el peruanista, contando con la alianza ruso-peruana; como si el Perú fuera incapaz de recoger la lección de la esclavitud que ayer amenazaba a Chile con la misma alianza.

Leamos la obra de Lautaro Silva; es variable, ágil y periodística y nos impedirá estar en la peligrosa anécdota con que los vencidos cuentan para un golpe de mano. En cualquiera de sus páginas que se abra se vuelve una herida, brota una protesta o una queja.

Para defender a Allende, sus amigos

niegan que se haya suicidado. Lo quitan con eso el único rasgo serio de su fisonomía, el que le precede a la tragedia. Por todo el resto pertenemos a la fealdad, a la comedia, a las apariencias. Su misma obstinación en una línea política en un solo propósito, tiene algo de mecánico y secundario, de medio, no de fin. En el fondo, un deseo frívolo de figurar, de estar en la primera línea, de hacer noticia. De la satarata de sus discursos no puede extraerse una sola frase digna de citarse, que revele al hombre detrás del figurón. En materia de ideas, de doctrina, siempre el modo común, aceptando el traje hecho y una mediocridad intelectual que da pavor cuando se piensa que esto es lo que en política, llega a las alturas, lo que conquista el primer puesto. Cuando lo lleva, agota las satisfacciones materiales que el poder procura en materia de figuración: una escorta de súbditos encadenados en torno suyo a gran velocidad por las calles; residencias suntuosas en serie con séquito, corte y hasta harén; giras triunfales con cualquier motivo y gastos ruinosos en medio de la ruina económica, preocupación constante y metódica de la tonada personal y una especie de inconciencia de los problemas reales, recibidos por la hojearía de su oficina. He aquí algunos de los rasgos sobresalientes a través de las páginas de Lautaro Silva, quien por lo demás, así como la comenta ni lo interpreta, sino que lo exhibe y lo expone a través de los hechos, íris, periodísticamente.

(II. Alguien observaba que ningún Primer Mandatario ha repetido tantas veces, golpeándose el pecho, que él era el Presidente y ninguno ha debido soportar, en el ejercicio de su cargo, tantas faltas de respeto. Tampoco a ningún otro se le ocurría golpeándose el muslo, repetir la frase: "Esta es carne de estatua", para indicar que la valdidad le llegaba a los huesos.

Allende, el fin de una aventura [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Allende, el fin de una aventura [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile